

## CAPÍTULO XXXIV.

### LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN GAETA SON BENDECIDAS SOLEM- NEMENTE POR PIO IX. — ACONTECIMIENTOS QUE TIENEN LUGAR HASTA LA ENTRADA DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN LA CIUDAD ETERNA.

TIEMPO es ya de que fijemos la vista en Gaeta, donde el venerable pontífice Pio IX, víctima de la mas negra ingratitud, espera lleno de confianza en Dios y en la justicia de su causa el desenlace de los sucesos.

El 29 de mayo se presentó en aquel punto la division española, mandada por el general D. Fernando de Córdoba. Parte del Estado mayor desembarcó en seguida, y al amanecer del dia siguiente lo hizo el resto del ejército.

Pio IX experimentó un gran consuelo á la vista de nuestras tropas, recibiendo á su general en jefe con las mayores consideraciones, demostrándole un grande afecto.

En la tarde de aquel mismo dia tuvo lugar un espectáculo tan tierno como admirable, que no se olvidará jamás á los que tuvieron la dicha de presenciárselo.

El augusto Pontífice, accediendo á los deseos manifestados por el general Córdoba, habia determinado pasar revista á las tropas, las cuales se presentaron al efecto en la plaza en columna cerrada por batallones.

El Santo Padre se presentó acompañado del Rey de las Dos Sicilias, que iba rodeado de su real familia; dos cardenales y un gran número de prelados seguian formando la comitiva.

Pio IX recorrió toda la línea en su frente de batalla, en medio de los vítores y aclamaciones de los soldados españoles y de la inmensa multitud que habia acudido á presenciar el espectáculo.

En todos los rostros brillaba el entusiasmo, y á la solemnidad del acto contribuía un cielo claro y despejado y la tranquilidad del mar, dándole un as-

pecto imponente. Resonó el cañon de los buques católicos en el puerto, respondiendo el de los fuertes de la plaza en el momento en que el Soberano Pontífice habia terminado la revista y se colocaba en el centro de la plaza.

Un nuevo espectáculo mas sorprendente que el anterior iba á tener lugar.

El Vicario de Jesucristo se disponia á bendecir aquel ejército, que acudia á prestarle socorro en los dias amargos de la tribulacion.

Las tropas doblaron la rodilla y rindieron las armas; el católico rey Fernando II y su familia, y todos los personajes que presentes se hallaban, se postaron igualmente, hallándose en pié tan solamente el augusto Pontífice, al que sirvió de alfombra la bandera de Castilla, que por un insigne privilegio lleva el regimiento del Rey, 1.º de línea. Todas las miradas estaban fijas en aquella venerable figura vestida de blanco, que destacaba en aquel cuadro, digno del pincel de Murillo.

Pio IX elevó sus manos, y con voz entera y solemne bendijo las banderas y las tropas, en medio de un sepulcral é imponente silencio.

Acabado el acto de la bendicion, volvieron á resonar las aclamaciones.

Entonces tuvo lugar un hecho curioso, que vamos á consignar por haber sido su protagonista un obispo español.

Inmediato al Santo Padre se hallaba el Ilmo. D. Fr. Fermin de Alcaraz, religioso capuchino muy conocido en Roma, y que recientemente habia sido consagrado por el mismo Pio IX para la iglesia de Cuenca.

Sabedor aquel prelado de que el Papa habia de colocarse sobre el pabellon español en el solemne acto de la bendicion, habia pedido á uno de los camareros de Su Santidad unas chinelas del mismo Santo Padre, que llevó consigo al acto.

Luego que Pio IX hubo terminado las palabras rituales, el Ilmo. Alcaraz, permaneciendo de rodillas y mostrando al Papa las chinelas de que se habia provisto, le dijo:

— Santísimo Padre: zapatos que se han colocado sobre el pabellon español no pueden volver á pisar la tierra.

Pio IX entonces se dejó descalzar por el mismo prelado, que le cambió las chinelas.

Los zapatos de Pio IX, encerrados en una preciosa cajita, fueron entregados mas tarde por el mismo prelado á la reina de España D.ª Isabel II.

El Rey de las Dos Sicilias quiso tambien pasar una revista á las tropas españolas, y lo hizo á los dos dias de la anterior, dia de su santo. En su presencia maniobró la division española con una precision que entusiasmó á Fernando II, que la tributó los mayores elogios; bien que el aspecto general de las tropas españolas, su marcialidad, su instruccion y su disciplina han llamado siempre la atencion doquiera que se han presentado. Aquel Monarca, aficionadísimo á las armas, y cuyo ejército era uno de los mas brillantes de Europa, visitaba cada tarde el campamento español, aprovechando todas las ocasiones de mostrar su aprecio al digno y bizarro general Córdoba, y se enteraba minuciosamente hasta de los últimos detalles de organizacion y de equipo.

El 3 de junio levantó el ejército español su campamento de Gaeta, marchando hácia Fondi. Al dia siguiente entró en Terracina sin disparar un tiro, adelantando sus avanzadas hácia Velletri.

En tanto que tenian lugar los sucesos que venimos narrando, el general

Oudinot continuaba los trabajos del sitio, al tiempo que los jefes de la república romana redoblaban su energía, publicando repetidas proclamas con el objeto de inflamar el valor de los combatientes. Seria una curiosidad el poseer una coleccion completa de las proclamas, órdenes y decretos de aquella parodia de república. En una de dichas proclamas se imponia á todos los ciudadanos, sin distincion de sexo, edad ni condiciones, el deber de trabajar en las fortificaciones y barricadas: «Las blancas, delicadas y perfumadas manos, decian los triunviros, que se conviertan en negras y callosas manejando el azadon y la pala, son tan honrosas como las cicatrices alcanzadas en el campo de batalla.» En efecto, no faltaron mujeres que acudieron á formar cartuchos y aun á trabajar al par de los hombres en las barricadas.

Acercábase la fiesta del Corpus, que se celebra en Roma con una solemnidad extraordinaria. Aquellos hombres, que habian usurpado al Papa su autoridad temporal, quisieron usurparle tambien su poder espiritual dando órdenes en este sentido. Ya hemos dicho en otra ocasion que todas las revoluciones tienen algo de cómicas. Los republicanos de Roma, socialistas en su mayor parte, que ni creian en Dios ni tenian religion alguna, quisieron ¡qué sarcasmo! que la fiesta del Corpus se celebrase con la solemnidad posible. Á este efecto publicaron la víspera el siguiente decreto:

«¡Romanos! Mañana es el dia consagrado para honrar la hostia de *paz y de amor*; la corte romana lo celebraba con solemne pompa y una grande demostracion de lujo. La guerra encendida al pié de nuestros muros impide el cumplimiento de tan religioso acto: *el pueblo conoce y condena á los que son causa de ella*; sin embargo, el acto de la religion no debe omitirse, y, por lo tanto, todos los párrocos y todos los capítulos lo celebrarán en el interior de sus iglesias. Las humildes preces de los cristianos, elevándose sin fausto hácia el cielo, serán mas eficaces así para la expiacion de los pecados, como para conseguir un auxilio para el pueblo piadoso que confia en el Dios que bendice y defiende la causa de los oprimidos.»

Este decreto, firmado por el Ministro del Interior, contenia un ataque indirecto á la augusta persona de Pro IX; el odio y la hipocresía, dice con razon un escritor antes citado, eran el viril de la Hostia de paz y de amor. Sin embargo, el verdadero pueblo romano acudió al templo á venerar la santísima Eucaristía, y á rogar al Dios escondido en ella que se apiadase de la Ciudad eterna, alejando los males que experimentaba.

Por su parte el general Avezzana dirigia á los romanos una proclama que merece ser conocida. Dice así:

«¡Soldados! Mientras llenaba en Ancona una peligrosa mision, vosotros habeis con prodigios de valor, que han oscurecido las *acciones heróicas*, los *hechos homéricos de la antigüedad*, rechazado por cuarta vez á los enemigos de la república romana.

«Hollando la fe jurada sorprendieron por medio de un grito fraternal á algunos de vosotros, á quienes, despues de tan negra traicion, enviaron á la tierra extranjera como un trofeo de su victoria; sin embargo, en vano esperaron el tiempo, pues vosotros, elegidos del Señor para aniquilar el poder de los impios y la verga de los dominadores, vengásteis las víctimas de la traicion, y vencisteis al fuerte, impulsado al fratricidio.

«La encarnizada lucha que sostuvisteis el dia 8 de junio durante diez y seis horas contra los soldados mas aguerridos de Europa, la carga á la bayoneta

siete veces repetida contra espesos batallones apoyados por una terrible artillería os han granjeado la admiracion de la Europa, el reconocimiento de la patria, y el amor de todos los hombres de corazon.

«¡Soldados! La sangre que corre de vuestras heridas regenera la tierra, lavando los pecados de una generacion de manos débiles, de corazon extraviado.

«Dios ha desplegado su estandarte á la vista de las naciones, y ha reunido en Roma á los desterrados de Israel, ha juntado los restos de un pueblo dispersos por las cuatro partes del mundo.

«Este estandarte ha sido confiado á vuestras manos; la Italia y la misma Francia lo recibirán de vosotros consagrado por la sangre de los nuevos mártires.

«Símbolo de la justicia de que la tierra será objeto, el estandarte del reino de Dios debe suceder al de los déspotas.

«La presente lucha es la última entre el genio del bien y el del mal, y vosotros pondréis fin á la historia de las miserias humanas con la victoria de los pueblos y el triunfo de Dios.

«Semejante mision hace dignas de envidia vuestras heridas: orgullo de vuestras madres, honor de vuestras esposas, admiracion de vuestros descendientes, hijos queridos de la república, la historia de Roma os hará inmortales. Soldados: me siento feliz al encontrarme entre vosotros para compartir vuestros peligros y merecer vuestro amor. Continúad como hasta ahora, y vencerémos.»

Al dia siguiente publicó una nueva orden del dia, en la que en cierto modo destruía el valor de la anterior. Empezaba por renovar sus grandes elogios al ejército romano, y concluía ordenando lo siguiente:

«1.º Pasar lista tres veces al dia de los hombres que sirven á sus órdenes.

«2.º Dar parte del resultado de las listas al General en jefe.

«3.º Enviar patrullas mixtas de cabos, de los diferentes batallones, al mando de un oficial, para detener á los soldados que se encuentren recorriendo la ciudad sin permiso, y conducirlos á la plaza á fin de ser luego entregados á sus cuerpos respectivos.

«4.º El comandante de la plaza cuidará de que los oficiales de servicio no se alejen con frecuencia de sus cuerpos ni de dia ni de noche, y dará parte á los jefes superiores.»

El 12 de junio Garibaldi, que se hallaba en Roma y que habia creido poder hacer frente al ejército sitiador, salió de la ciudad con fuerzas compuestas de cinco ó seis mil hombres y se precipitó sobre la *villa* Panfilí: las avanzadas francesas, que eran muy débiles para resistir el ataque, se retiraron dando el grito de alarma. Los romanos continuaron avanzando hasta que se hallaron frente á frente de los batallones franceses, los cuales les acometieron á la bayoneta, causando tantos destrozos en las filas garibaldinas, que el triunvirato se vió precisado á pedir una tregua de algunas horas para poder dar sepultura á los muertos.

No cansarémos la atencion del lector con detalladas relaciones sobre todos los sucesos del memorable sitio de Roma, ni con la insercion de las órdenes y proclamas que se sucedian en la capital.

Procurarémos, pues, ser concisos.

Doquiera que los republicanos se presentaban á buscar las victorias que sus jefes les ofrecian, encontraban tan solo desengaños y derrotas.

Hé aquí una anécdota por cierto curiosa que atento á esto refiere el citado historiador Balleydier:

El General en jefe había adquirido la certeza, desde hacia algunos días, de que el enemigo se proveía de la mayor parte de sus proyectiles en una fundición establecida en Porto d' Anzio, puerto de mar defendido por un fuerte entre Fiumicino y Terracina, y resuelto á privar á los romanos de semejante recurso, dió orden al capitán de Estado mayor Castelnau de embarcarse en la fragata de vapor *Magallanes* y de destruir dicha fundición. Aquel oficial, comandante superior de Fiumicino, se embarcó con un destacamento de veinte y cinco infantes, debiendo apoyar su operación, en caso necesario, una compañía de marinería de línea de la fragata, con dos obuses de desembarco.

El capitán partió de Fiumicino el 12, y el 13 llegó la fragata á la vista de Porto d' Anzio, enarbolando inmediatamente el fuerte el pabellon con los colores de la república romana. El capitán Lugeol, comandante del *Magallanes*, ancló á medio tiro de cañon de la orilla, y mandó cargar las piezas, mientras que el capitán Castelnau, deseoso de cumplir cuanto antes la misión que se le había confiado, se dirigió solo á tierra en un bote de la fragata, marchando inmediatamente hácia la fábrica que debía destruir.

Los informes del General en jefe no podían ser mas exactos: aquella importante fundición proveía los arsenales de los sitiados, como lo probaba la considerable cantidad de proyectiles de todo calibre que llenaban los patios y talleres; el capitán Castelnau mandó comparecer al jefe del establecimiento, y le dijo: «Caballero, sois belga, sois de un país aliado de la Francia, y «sin embargo habeis puesto vuestra industria al servicio de una nación que «está en guerra abierta con nosotros.»

—He debido humillarme ante la fuerza, contestó el director; muchas veces los agentes de la república romana han venido á obligarme, amenazándome con sus pistolas, á que fundiese y expidiese para Roma los proyectiles de que tenían necesidad.

—Lo siento por vos, replicó el capitán, pero tengo que cumplir mis órdenes, y vos me ayudaréis á ello.

—De muy buena gana, capitán: ¿y cuáles son?

—Vais á destruir inmediatamente todos esos aparatos.

—Lo que exigiés es mi ruina, caballero, exclamó el fabricante palideciendo; jamás consentiré en lo que me pedís.

—¿Rehusáis?

—Sí.

—Pues bien, añadió el capitán extendiendo la mano en la dirección de la fragata, el incendio de vuestra fábrica y del pueblo entero será la consecuencia de vuestra obstinación.»

Estas palabras eran terminantes, y, espantado el director, obedeció.

Entonces, mientras que el comandante de la fragata, prevenido del resultado de la expedición, hizo lanzar sus botes al agua para transportar los proyectiles de que el capitán se había apoderado, este se presenta al comandante del fuerte.

—¿Qué pretendéis, caballero? preguntó el oficial romano.

—Rogaros que me entreguéis ahora mismo todas las provisiones y municiones que encierra el fuerte que tenéis el honor de mandar.

—Caballero, creo que no estais en vos, exclamó riendo el comandante: el sol de Roma ha turbado vuestras ideas; estais loco.

—La prueba de que tengo toda mi razón, es que confiando en vuestra lealtad he venido solo á vuestro encuentro para rogaros me concedais lo que en caso necesario puedo exigir á la fuerza; y por segunda vez el capitán extendió su mano en la dirección del buque francés: «¡Hermosa fragata!» murmuró entre dientes el gobernador del fuerte. —Muy hermosa, replicó el capitán Castelnau, y con mas razón lo diríais si viérais lo bien armada que se encuentra. Las tres baterías del *Magallanes* estaban prontas á hacer fuego. Por fin el oficial romano había comprendido su posición, y entregó todas las provisiones del fuerte, exigiendo en cambio un recibo. «¡Un recibo!» exclamó riendo á su vez el capitán Castelnau; no estais en vos, caballero; el sol de Porto d' Anzio ha turbado vuestras ideas; estais loco.

—¿Yo loco?

—Es claro, puesto que me pedís recibo: comandante, nosotros somos soldados y no comerciantes; hemos hecho una operación de guerra, y no una transacción mercantil.»

Á las cuatro, el capitán Castelnau volvió al *Magallanes* después de haber enclavado cuatro cañones de á treinta y seis, echado al mar muchos proyectiles averiados y destruido la fundición; además ocho barriles de pólvora, cinco cajas de cartuchos y de otros fuegos artificiales, ochocientas ó novecientas balas de todo calibre y cuatro mil kilogramos de metralla fueron los trofeos de esta expedición ejecutada con tanta inteligencia como energía.

Los hechos que se subsiguieron, en los cuales la gloria estuvo por parte de los soldados franceses, no fueron tan importantes como la toma del baluarte á que hace referencia el duque de Reggio en el parte que va á leerse, en el cual resalta todo el valor, inteligencia y disciplina de tan denodado ejército, así como el talento militar de su general en jefe. Véase dicho documento:

*Parte del general en jefe Oudinot acerca de la toma del baluarte número 8.*

«Cuartel general 30 de junio de 1849.

«Señor Ministro: Á consecuencia del asalto dado el día 21 de este mes á los baluartes 6 y 7, tuve el honor de deciros que á pesar del feliz éxito de aquel día, teníamos que luchar en algunos combates.

«En efecto, el enemigo parecía decidido á defenderse palmo á palmo en cada baluarte.

«Durante el día 28 un vigoroso fuego de artillería terminó por abrir una brecha en el flanco izquierdo del baluarte número 8, verdadera fortaleza que comunica por medio de trincheras y cañoneras con San Pedro *in Montorio*. Aunque los artilleros romanos son hábiles tiradores, y el número de sus cañones es muy considerable, ello es que nuestro fuego ha alcanzado constantemente sobre el del enemigo una gran superioridad.

«El día 29 la brecha se hizo de tal suerte practicable, á pesar de la solidez de las murallas, enteramente construidas con cimiento romano, que nos permitía apoderarnos del baluarte número 8; cuya ocupación al ofrecernos la posibilidad de extendernos en el monte Janículo, haría que domináramos la puerta de San Pancracio.

«De consiguiente, se han dado las órdenes para el asalto, designando al

efecto cuatro columnas compuestas cada una de tres compañías de preferencia.

«La primera columna la formaba una compañía de preferencia del 22.º ligero y otras dos de igual clase de los 32.º y 53.º de línea, cuya columna ha estado á las órdenes del jefe de batallón Lefebvre del 53.º, la cual ha debido subir á la brecha del baluarte número 8, seguido de una compañía de hombres escogidos de los batallones 17.º, 20.º y 23.º de línea, llevando cada uno un gavión, una zapa y un pico, debiendo en seguida trabajar para establecerse en dicho baluarte. Ambas columnas estaban sostenidas por una reserva compuesta de una compañía de preferencia de los 36.º, 66.º y 68.º de línea á las órdenes del comandante Le Rousseau, del 68.º

«La cuarta columna la han formado una compañía de preferencia de los tres batallones de la guardia de trincheras (22.º ligero, 32.º de línea y 53.º de id.), siendo su jefe el comandante del batallón 22.º ligero. Se le dió la orden de arrojar desde la parte superior de la brecha del baluarte número 7, apoderarse de los atrincheramientos, y atacando el baluarte número 8 por la gola, favorecer la salida de la columna de asalto.

«Treinta zapadores del cuerpo de ingenieros acompañaban cada una de las cuatro columnas de ataque de la reserva y de operarios. Estaban bajo el mando superior del teniente coronel del 22.º ligero Espinasse.

«El general de brigada Carlos Levallant mandaba los batallones de la guardia de trincheras, pertenecientes á la segunda division. El general Rostolan, que manda esta division, tenia formados en masa y puestos para cualesquier acontecimiento los demás regimientos.

«Habiendo ejecutado á las dos de la madrugada, bajo la vigilancia del coronel de ingenieros Niel, las disposiciones preliminares, al estrépito de los tres cañonazos, que era la señal convenida, volaron al ataque.

«La primera columna bajo las órdenes del comandante Lefebvre llega á lo alto de la brecha á pesar de un nutrido fuego de fusilería. Los trabajos que durante la noche habia ejecutado el enemigo entre el orejon y una casa situada detrás de la brecha detienen completamente la cabeza de la columna, la cual solo con grandes trabajos logra superar.

«Al primer rumor de este ataque acudieron casi todos los defensores del baluarte; empero los fuegos, que se cruzaban en aquel estrecho paso, no pudieron impedir que nuestros valientes soldados se establecieran en el terraplen y fuésen ganando terreno.

«En aquel momento cayó herido el jefe de batallón Lefebvre, que en seguida fue reemplazado por el comandante del 68.º Le Rousseau.

«Aprovechóse de aquel primer triunfo para ensanchar el paso y hacer que llegaran los trabajadores. El comandante de ingenieros Galbaud-Dufort cae herido de dos balazos al colocar los primeros gaviones destinados á poner á cubierto aquel peligroso desfiladero.

«La columna del comandante Laforest, que habia partido de las alturas de la brecha del baluarte número 7, al salir fue rechazada por un vivísimo fuego de fusilería. Dividióse esta columna en dos trozos. Los cazadores del 32.º y los granaderos del 53.º lanzados hácia la derecha, toman un gran atrincheramiento apoyado en el recinto Aureliano, matando á la bayoneta á sus defensores, y esparcidos en tiradores luchan obstinadamente contra dos casas aspilleras que incomodan nuestros ataques.

«Los carabineros del 22.º ligero que salieron los primeros de la trinchera y dirigidos en persona por el comandante Laforest siguen el camino que costea la cortina, encuentran las dos primeras trincheras llenas de enemigos que les hacen fuego á boca de jarro, y solo se detienen para pasarlos por las armas: luego, salvando el atrincheramiento que obstruia la gola del baluarte, se dirigen á la carrera á la batería de siete piezas que batia interiormente la brecha, y se apoderan de la misma.

«Tan rápidos y admirablemente combinados movimientos desembarazan la columna que habia subido por la brecha, y la guarnicion del baluarte, acosada hácia la salida, en vano se defiende al rededor de una casita, que queda completamente destruida ó hecha prisionera. El baluarte se ha tomado, empero empieza á amanecer. Todas las casas que miran al baluarte se llenan de tiradores, y el enemigo marcha con fuerzas para volver á apoderarse de sus cañones. Entonces la reserva entra en fuego á las órdenes del teniente coronel Espinasse. Los granaderos del 36.º, mandados por el capitán Tiersionnier, empujando vigorosamente al enemigo, lo precipitan á la bayoneta á las escaleras por encima de la escarpa, y se apoderan de las casas que dominan la puerta de San Pancraccio.

«Organizóse entonces el trabajo en el interior del baluarte, y aprovechándose hábilmente los oficiales de ingenieros de las trincheras del enemigo, lo ponen al abrigo de todo insulto.

«Todas las columnas han sido conducidas con tanta energía como inteligencia por el teniente coronel Espinasse y por los jefes de batallón colocados á su frente.

«Nuestras tropas han obrado con valor y con ímpetu tal, que nada podia resistirlas. Han muerto á la bayoneta mas de cuatrocientos enemigos (1). Entre los ciento veinte y cinco prisioneros que han caido en nuestro poder, se cuentan diez y nueve oficiales de todas graduaciones.

«Nuestras pérdidas han sido relativamente poco considerables: ascienden á nueve muertos, entre ellos cuatro oficiales, y ciento diez heridos, en cuyo número se comprenden diez y ocho oficiales. Este segundo asalto da un ascendiente moral numérico á nuestros soldados. El enemigo ha perdido dos principales frentes de su recinto, y nuestras baterías establecidas sobre terraplenes descubren y pueden arruinar la ciudad. Seria una insensatez prolongar por mas tiempo la defensa. No solo se sacrificarian con ella los edificios, si que tambien se llevaria la guerra al seno de las familias. No puede en lo razonable suponerse que un Gobierno cualquiera que sea consienta en prolongar semejantes desgracias en la capital de su país.

«Para multiplicar durante el asalto del baluarte número 8 la suerte del triunfo, y para disminuir el número de los defensores en el ataque, dispuse que el general Guesviller practicase una diversion delante la puerta del Pueblo, la cual fue ejecutada con mucha inteligencia por una columna compuesta de tres batallones, una compañía de ingenieros y cuatro piezas de artillería de la batería del 12.

«El General ha salido de Ponte-Molle á las once de la noche del 29 para ir á tomar posicion en las alturas inmediatas á la villa Borghese. El enemigo habia aspillado todas las casas situadas en aquellas alturas, empero nues-

(1) El parte telegráfico solo anuncia doscientos, porque no se sabian todos los detalles cuando fue expedido.

tros tiradores se han emboscado de modo que pudiesen proteger la artillería colocada detrás de una posición elevada.

«Dicha artillería ha hecho fuego desde la una y media de la mañana á las tres, y ha sembrado el espanto en un cuartel que se creía al abrigo de nuestros tiros. El enemigo ha contestado con un vivísimo fuego, empero sin ocasionarnos pérdida alguna.

«Por otra parte, las piezas de artillería de la marina, colocadas en las alturas que dominan la basílica de San Pablo, arrojaban balas y granadas por encima de la puerta del mismo nombre, de suerte que á la vez se veía inquietado el enemigo en dos puntos, tan distantes el uno del otro.

«Mientras que estos diversos combates tenían lugar, desde las dos á las cinco y media de la mañana, los romanos han intentado incendiar nuestro puente colocado en el bajo Tiber y en el muelle de San Pablo. Cerca de cincuenta brulotes de formas y dimensiones distintas han sido detenidos, destruidos ó echados á pique por la activa inteligencia del teniente de navío Olivieri, comandante de la flotilla, y del capitán Blondeau, comandante de la séptima compañía de pontoneros.

«Estas ventajas han sido precedidas por reiterados reconocimientos practicados en diversos puntos por el 12.º de cazadores de caballería y el 11.º de dragones á las órdenes del general Morris.

«Por último: el día 29 había sido señalado por un acontecimiento que contribuirá poderosamente á quitar al enemigo la posibilidad de prolongar la lucha. La fábrica de pólvora de Tívoli, situada á cuatro leguas de Roma, ha sido completamente destruida por una columna móvil á las órdenes del general Sauvan. Los molinos estaban dispuestos con cuarenta pilas que podían fabricar de veinte á veinte y cuatro quintales de pólvora diarios. Cerca de treinta quintales de pólvora confeccionada y de varios grados, y una inmensa cantidad de primeras materias, han sido echadas al agua ó inutilizadas del todo.

«En resumen, señor Ministro, el éxito de todas las empresas, las incesantes pérdidas experimentadas por el enemigo en todos los puntos, hacen esperar que no podrá prolongarse en adelante la resistencia de la ciudad.

«Desde el principio del sitio, todas las operaciones han sido dirigidas por el general de división de ingenieros Vaillant, con la habilidad y experiencia que tiene tan acreditadas. El general de brigada Thiry, comandante de artillería, ha allanado con gran energía las infinitas dificultades que se le oponían.

«El general Rostolan, comandante de las tropas del sitio, ha sabido imprimir en ellas un rendimiento á su voluntad jamás desmentido. Finalmente, la brigada Mollière, componiendo la vanguardia, á las órdenes del general de división Regnault de Saint-Jean-d'Angely, desde la toma de Panfilí, ha conservado con la mayor firmeza las posiciones que los esfuerzos del enemigo se obstinaban continuamente en arrebatarse, auxiliado de una numerosa artillería.

«En todos los puntos, pues, tanto por los generales, como oficiales y soldados, se ha cumplido el deber del modo mas admirable.

«No puedo todavía, señor Ministro, citaros aquí todos los actos que han añadido un nuevo lustre á nuestras armas en estas memorables jornadas, y que me ocupo en recoger.

«Soy con respeto, etc.—El general comandante en jefe, firmado:—Oudinot de Reggio.»

Desde el momento en que fue tomado el baluarte de que se ha hablado en el documento que acaba de leerse, pudieron ya convencerse los romanos de la inutilidad de continuar en una defensa que no podía producirles otra cosa que aumentar el número de las víctimas, ya en verdad muy crecido. El mismo Mazzini no podía ocultar la derrota sufrida por las tropas de la revolución. La Asamblea se reunió; y en todos los rostros se leía el desaliento en que habían caído la mayor parte de aquellos jactanciosos que habían aspirado al título de héroes. El general Bartolucci subió con rapidez á la tribuna, y con voz grave y solemne deploró, como romano, las calamidades de la patria; no las calamidades que ellos la habían proporcionado con su rebelión contra el legítimo soberano, sino las que, según él, provenían de la invasión extranjera. «Nuestros soldados, dice, diezmados por el hierro y por el fuego, se hallan extenuados por las fatigas y por las continuas velas bajo un calor sofocante: he leído los partes de los generales, y especialmente los de Garibaldi, y su contenido no deja la menor esperanza de poder prolongar la resistencia. El tiempo de las ilusiones ha pasado, y nuestro deber es evitar á la ciudad de Roma mas grandes desastres.» Estas palabras hicieron su efecto en la Asamblea, que se manifestó inclinada á esta opinión; pero Mazzini, que parecía el emisario del genio de la destrucción, pide que antes de procederse á la votación se oiga al general Garibaldi.

Inmediatamente se mandó buscar al célebre guerrillero.

Garibaldi se hallaba en aquellos momentos en un estado de casi desesperación: había perdido la mayor parte de sus oficiales y una gran mayoría de los soldados que mandaba; un casco de granada acababa de arrebatarse su inseparable y fiel Andrea. En aquel estado fue conducido á la Asamblea, donde fue preguntado acerca de lo que debería hacerse en aquellos supremos instantes, y respondió proponiendo un plan que envolvía en sí la destrucción de la ciudad con todos sus monumentos y preciosidades. Hé aquí de qué modo estaba concebido: «La victoria ha favorecido las armas de la Francia, dijo; pero nada hay imposible para un pueblo resuelto antes á morir que á rendirse.» Según él, era preciso abandonar á los franceses el monte Janículo, la muralla Aureliana y la posición de San Pedro in Montorio, con lo que conservarían aun en su poder toda la ciudad de Roma mas allá del Tiber. «Si los romanos se hallasen decididos á vencer ó á morir, dice, no habría un momento que perder; sería necesario retirarse á la orilla izquierda del río, establecerse sólidamente en ella, hacer saltar todos los puentes, armar con cañones los baluartes del Espíritu Santo, defenderse con vigor en el castillo de San Ángelo, en las murallas de la ciudad Leonina y en el cuartel de San Pedro y del Vaticano.»

El plan de Garibaldi no podía aceptarse; era, como dijimos antes, fruto de la desesperación y lo mas ruinoso que pudiera concebirse. Aunque se hubiese querido adoptar, eran necesarios muchos trabajos, á que no hubiese dado lugar la premura de las circunstancias. Así, pues, la Asamblea votó la rendición, confiando al triunvirato la ejecución del decreto. Pero Mazzini, el mayor de los agitadores modernos, no se conformó con aquella prudente decisión: «Mi conciencia de republicano, dijo, no me permite que me encargue de comunicar vuestra resolución al general Oudinot: era vuestro mandatario como triunviro para defender la república y la ciudad de Roma; mas el acto que acabais de votar modifica la naturaleza de mi mandato: desde ahora soy libre, y de-